

gen, inscribir vuestros nombres en el libro de alguna de sus cofradías, dirigirle diariamente algunas oraciones sino purificais vuestras conciencias por medio de la penitencia. Esta es la regla que debe observar vuestra devoción para que sea verdadera y aceptable á los ojos de María. Si así lo haceis, si arrepentidos de vuestros pecados acudís á esta Reina Soberana, experimentaréis prontamente su protección, y por sus manos benéficas os colmará el Señor de bendiciones. Hacedlo así y el premio de vuestra sólida y verdadera devoción será el conseguir la salud y la vida de vuestras almas: *Qui me invenerit, inveniet vitam.*

Virgen Santísima, Tabernáculo de la misma divinidad, Templo y Sagrario de la Trinidad Beatísima, Estrella hermosa de Jacob, sed nuestra guía en este valle de lágrimas y de miserias en que somos viadores. No nos desecheis porque hemos pecado, y atended tan solamente á nuestro arrepentimiento: verdad es que hasta aquí hemos sido ingratos y rebeldes, pero en adelante, otra será nuestra conducta. A través de las aflicciones del mundo ¿á quién hemos de acudir sino á Vos? ¿No sois nuestra Madre? ¿No os habeis complacido siempre en dispensar beneficios á vuestros amados hijos? Pues tended hácia nosotros una mirada de compasión: á tí suspiramos, purísima María, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y sed nuestro amparo y protección en la terrible hora de nuestra muerte: ahora y entonces ruega, Señora por nosotros, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, que es la posesión de la gloria, que deseo á todos. *Amen.*

SETENARIO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SERMON SOBRE EL PRIMER DOLOR.

La Profecía de Simeon.

Ecco positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.

Hé aquí que este está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma.

Luc. cap. II, v. 34 y 35.

Católicos: El objeto que hoy nos reúne bajo las bóvedas de este augusto Santuario, y que por espacio de siete días consecutivos nos traerá á él, no puede ser mas tierno ni de mayor interés para los que nos gloriamos de ser hijos de la Iglesia de Jesucristo. A través de la amargura en que rebosa mi corazón, al recordar las trágicas escenas que con tosco pincel debo bosquejar en estos días, mi alma se llena de con-

suelo, al veros reunidos en tan gran número en torno del altar de la Co-redentora del mundo; y vuestra compostura, vuestro silencio, esas señales de palidez que descubro en vuestros rostros, todo me hace comprender que no sois insensibles á los dolores que nuestra benditísima Madre hubo de sufrir durante la vida, pasión y muerte del Divino Reparador de la estirpe culpable.

Sí, cristianos; mi misión en estos días es hablaros de la Santísima Virgen María, de aquella Israelita afortunada y feliz sobre toda ponderación, de aquella purísima doncella, de aquella mujer sin par, que concebida en la mente del Altísimo desde antes que existiesen los siglos, fué predestinada para dar á luz por obra del Espíritu Santo al Hijo de Dios, que descendiera del cielo á la tierra por nuestra salud. Pero no son los admirables misterios de su vida, los que estoy encargado de esponer, ni vengo á formar el elogio de sus grandes virtudes, practicadas de un modo admirable en todos los actos de su vida. Mi objeto es más triste: las materias de los discursos que con el divino auxilio he de pronunciar, son materias de dolor que no podrán menos de hacernos verter un torrente de lágrimas de compasión y de gratitud. Olvidaos pues, por estos días de todos los negocios que ocupan parte de vuestra atención durante el resto del año; despojaos de vuestras galas y revestíos de un espíritu verdaderamente cristiano, para acompañar á la Santísima Virgen en sus dolores. ¿No os preciais de devotos de María? ¿No la llamais Madre? Lo es en efecto por voluntad de su divino Hijo, que por tal nos la dejó en el árbol de la Cruz. ¿Y será posible que haya un hijo tan ingrato, que viendo padecer y sufrir

á su madre, permanezca indiferente, y no trate de consolarla al menos, sino le es posible procurarle alivio? Y si vosotros estariais prontos, por vuestros sentimientos naturales, por lo que os dicta la razón y la religión, para acompañar á vuestras madres en sus padecimientos, y no podriais menos de derramar lágrimas, ¿qué sentimientos, qué afectos no podré esperar de vosotros cuando tratamos de una madre que sufre, que padece de un modo inesplicable, toda vez que su maternidad es de un orden superior por ser espiritual? ¡Ah! Que yo hago justicia á vuestra acreditada piedad no creyendo ser necesario insistir por más tiempo en escitaros á la devoción, al recogimiento y á una atención profunda á las aflictivas narraciones que os disponeis á escuchar.

Mi entendimiento es muy limitado; mis voces muy opacas para haceros comprender toda la intensidad y profundidad de los dolores de la Santísima Virgen: pero al considerar mi carencia de elocuencia y dotes oratorias, me consuela el convencimiento en que estoy, de que para hablar de los asuntos que dicen orden á nuestra Redención, es más propio el idioma del corazón, que el de los labios, sentimientos y afectos más que palabras hinchadas y buscadas expresiones, son las armas que debe manejar el orador sagrado, para rendir la fortaleza del corazón. Los afectos del mío pasarán de mis labios á vosotros, y así unidos todos en identidad de sentimientos, procuraremos consolar á esa afligidísima Agar, haciendo al mismo tiempo fructuosos para nosotros, así los tormentos del Hijo como los dolores de la Madre.

Dirijamos ya nuestra vista al templo de Jerusalem, donde María se presenta con su tierno Jesus en sus

brazos, y observemos allí el primer dolor de la Santísima Virgen, al oír á Simeon que, después de entonar un cántico de alabanza á Dios, porque sus ojos han visto y sus brazos han tenido la dicha de tener al Salvador, se dirige á ella diciéndole: «Hé aquí que este Niño está destinado para ser el blanco de toda suerte de contradicciones, y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma. *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Este vaticinio de Simeon, no pudo menos de abrir una herida dolorosísima en el corazón de aquella Madre que amaba á su Hijo de un modo tan entrañable, cuanto claro era el conocimiento que tenia de sus altísimas perfecciones. Vamos, pues, á desenvolver este asunto en la primera parte del presente discurso, y él nos conducirá al conocimiento de la ingratitud de aquellos que renuevan este dolor de la Santísima Virgen, contradiciendo á Jesucristo con la inobservancia de su divina ley. Esta reflexion moral de no poca utilidad, dará materia á la segunda parte.

Imploremos ante todo la asistencia del Espíritu Santo, por la mediacion de la Reina de los mártires, á quien saludaremos, si bien llena de dolores, tambien llena de gracia: *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Si consideramos la intensidad y duracion de los dolores de la Santísima Virgen, comprenderemos la razon con que Ricardo de san Lorenzo la llamó *Mártir de los mártires* (1): porque en efecto, cuanto han pade-

(1) Martyr martyrum. R. á S. Laur.

cido en los tormentos mas crueles los mártires de todos los siglos, es poco en comparacion de lo que hubo de sufrir y padecer la Madre de nuestro Redentor amabilísimo. Isaias lo habia previsto divinamente inspirado cuando exclamó: *Coronans coronabit te tribulatione* (1). María fué ciertamente coronada con una corona de tribulacion, que llevó sin interrupcion desde el momento mismo en que el anuncio del anciano Simeon atravesó cual penetrante espada su maternal corazón. Pues que me direis: ¿no tuvo María tregua en su dolor? ¿No tuvo durante la vida de su divino Hijo, momentos de gozo y de alegría, que ahogaran la pena que le causára el vaticinio que escuchó en el templo? ¡Ay, mis hermanos! La misma presencia de su Hijo, y el grande, el extraordinario amor que le profesaba, mayor sin comparacion, que el que madre alguna puede profesar al fruto de sus entrañas, por el claro conocimiento que tenia de sus perfecciones, origen y destino, era motivo suficiente para que jamás se cicatrizase la llaga de su corazón. Discurramos y veámoslo demostrado palpablemente.

María es la criatura mas feliz que han visto los siglos: su dignidad no tiene ni puede tener semejante, puesto que mereció ser madre del Hijo de Dios. ¡Qué momento mas feliz, para esta tierna doncella, aquel en que presentándosele el embajador celeste, le hace saber los designios de Dios para con ella, anunciándole que su vientre habia de producir al anunciado por los profetas y suspirado ardientemente por los justos y patriarcas! Cuanto mayor es la dignidad que se le anuncia, mas se abate y se humilla, reconocién-

(1) Isai., cap. XXII, v. 18.
Tomo II.

dose y confesándose esclava del Señor. Desde aquel instante, feliz para la humanidad, ella ama con todo el amor posible al Hijo que había de dar á luz, suspira por tenerle entre sus brazos, por estrecharle en su corazón, por colmarle de caricias. Conociendo su feliz elevación se llena de regocijo, y así esclama en su visita á Santa Isabel: mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador; porque atendió á la humildad de su esclava, por esto todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el que es poderoso ha hecho conmigo grandes cosas y su nombre es santo (1).

Dirigid ahora vuestra consideración á la gruta de Belén, allí donde María dá á luz al Hijo de sus entrañas. Es verdad que todo presenta en aquel lugar un aspecto pobre y miserable. La cabeza sacrosanta de Jesús, que era de oro finísimo, valiéndome de una expresión bíblica (2), se reclina sobre humildes pajas, y pobres pañales cubren sus delicadas carnes. Pero los ángeles entonan sonoros cánticos: los himnos de gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad, resuenan por aquellos aires, y María se llena de regocijo, y su alma rebosa en júbilo al verle recién nacido, recibir la adoración así de los humildes pastores, como de los mismos reyes, que guiados por la nueva estrella que apareció en el cielo, vienen á postrarse en su presencia, reconociéndole como á Rey de reyes, y Señor de los que dominan.

¡Quién podrá explicar ni aun comprender el amor de María hácia Jesús! Fijos sus ojos en su adorable rostro, le ve tierno infantito, y sabe que es eterno:

(1) Luc. cap. I, v. 46. et. seq.

(2) Caput ejus aurum optimum. Cant. cap. V, v. 11.

en un estado pobre, y sabe que es el dueño de los cielos y de la tierra: sufriendo el rigor de la estación mas fría, y sabe que manda al viento y á la tempestad: sabe que es su Hijo y no ignora que es también Hijo del Eterno Padre: le ve en suma hecho hombre, y sabe con certeza que es Dios. ¡Cuántos motivos de amor! ¡Cuántas razones de ternura! Gloriate, pues, Purísima doncella, con la posesión de ese Hijo nacido para la salud del mundo. Esclama en buen hora llena de amor, que ese objeto tierno de tu cariño es blanco, rubio y escogido entre millares (1). Celébrale diciendo, que sus labios lirios destilan la mirra mas pura; que sus manos son torneadas y llenas de jacintos, su vientre de marfil guarnecido de záfiro: su parecer como el Líbano, escogido como cedros, su garganta suavísima, y todo él deseable (2). ¡Cuán pronto van á terminar tus gozos! Dentro de poco, tu corazón va á abrevarse de amargura, y el dolor y la pena tomarán posesión de él.

En efecto, mis hermanos, María que deseaba cumplir con lo que prescribía la ley de Moisés, cumplidos que fueron los días de su purificación, se dirige con el tierno infante al templo, para presentarlo al Señor. A la sazón, dice el Evangelio, había en Jerusalem un hombre llamado Simeon, y este hombre justo y temeroso de Dios, esperaba la consolación de Israel y había recibido promesa del Espíritu Santo, que no moriría sin ver antes al Cristo del Señor. Por inspiración, pues,

(1) Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. Cant. cap. V, v. 10.

(2) Labia ejus lilia destillantia myrrham primam. Manus illius tornatiles aureæ, plenæ hyacinthis. Venter ejus eburneus distinctus, sapphiris... Species ejus ut Libani, electus ut cedri. Guttur illius suavissimum, et totus desiderabilis. Ibid, v. 13 et seq.